

PERDIGUERA

Municipio español de la provincia de Zaragoza, situado a 25 kilómetros al nordeste de la capital, entre la sierra de Alcuabierre y el valle inferior del río Gállego, en la comarca de Los Monegros (Aragón). En 2010 contaba con 664 habitantes, una población ligeramente inferior a la que tenía en el primer cuarto del siglo XX, si se tienen en cuenta los datos de los censos de 1920 (869 habitantes) y 1930 (755 habitantes).

Perdiguera está ligado a la vida de san Josemaría porque fue el primer encargo pastoral que tuvo, nada más ordenarse sacerdote, y que desempeñó desde el 31 de marzo hasta el 18 de mayo de 1925 con un celo apostólico y espíritu de sacrificio ejemplares. El mismo lunes 30 de marzo, día que celebró su primera Misa en la Santa Capilla de la Basílica del Pilar, recibió el nombramiento como Regente Auxiliar del entonces párroco de Perdiguera, Jesús Martínez Pirrón, que llevaba algún tiempo fuera del pueblo por enfermedad. No habiendo otro sacerdote en el pueblo y estando éste mal comunicado, era necesario sustituirle para proporcionar asistencia espiritual a las doscientas familias que allí vivían, dedicadas principalmente a la agricultura y a la ganadería. La proximidad de la Semana Santa, que requería una atención pastoral más intensa, hacía especialmente necesario el envío de un sacerdote para sustituir al párroco ausente.

San Josemaría se trasladó a Perdiguera al día siguiente, 31 de marzo, recorriendo las cuatro leguas y media que distaban desde Zaragoza en un coche de línea tirado por mulas. En la plaza del pueblo le esperaba un muchacho, Teodoro Murillo Escuer. Su padre, Urbano, era el sacristán, pero estaba enfermo en cama y había encargado a su hijo que fuera en su lugar para recibir al sacerdote y acompañarle a su alojamiento. Aunque la parroquia disponía de rectoría, estaba ocupada por los enseres del párroco, y san Josemaría se

instaló en la *Casa de las mangas*, donde vivía una familia de campesinos formada por Saturnino Arruga; su mujer, Prudencia Escanero; y su hijo, que entonces tenía unos diez o doce años. La vivienda, aunque proporcionaba hospedaje, era muy modesta.

Teodoro, que ya era monaguillo, también le condujo a la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción, de estilo gótico mudéjar. El templo, construido a finales del siglo XV, había experimentado sucesivas ampliaciones en los siglos XVI y XVII, y era probablemente la parroquia más valiosa y mejor conservada de la comarca. Sin embargo, a pesar de su buena factura, san Josemaría se encontró que el interior del templo estaba descuidado y sucio, y tuvo que adecentarlo para poder celebrar Misa al día siguiente y dejar reservado el Santísimo.

San Josemaría se dedicó ejemplarmente a su ministerio pastoral, espoleado por la inminente Semana Santa y por el deseo de que los feligreses se acercaran al sacramento de la Penitencia y recibieran la Comunión. Todos los días celebraba la Misa, muchas veces cantada; por la tarde dirigía el rezo del Rosario y oficiaba la bendición con el Santísimo; además, los jueves dirigía la hora santa. Organizó la catequesis y las primeras Comuniones y dedicó mucho tiempo al confesonario y a atender a los enfermos, a los que llevaba la Comunión. También se propuso conocer personalmente a todas las familias de la parroquia, a las que visitó una a una en sus casas. El poco tiempo libre que le quedaba lo dedicaba a la lectura y al estudio, y a pasear por los alrededores del pueblo.

En esos paseos solía acompañarle Teodoro, el monaguillo. Mientras charlaban veía con asombro cómo san Josemaría solía recoger piedrecitas y se las metía en el bolsillo, pero no le preguntaba el porqué. Era una industria humana que le servía a san Josemaría para llevar la contabilidad de las oraciones: jaculatorias, comuniones espirituales, etc.; aunque pronto dejó de

hacerlo. Algunos días, al caer la tarde, conversaba con el hijo de los Arruga, que se pasaba todo el día en el campo pastoreando a las cabras y no podía acudir a la catequesis. Con él tuvo esa conversación que le removió y que refirió muchas veces. En un determinado momento, san Josemaría le preguntó: “Si fueras rico, muy rico, ¿qué te gustaría hacer?”, a lo que el muchacho repuso: “¿Qué es ser rico?”. Después de escuchar la contestación que, con lenguaje sencillo, le dio san Josemaría, al muchacho se le iluminaron los ojos y exclamó: “Me comería ¡cada plato de sopas con vino!...”. San Josemaría al oír la respuesta, se quedó muy serio pensando para sus adentros: “Josemaría, está hablando el Espíritu Santo”. Porque todas las ambiciones de este mundo, por grandes que sean, no pasan de ser un prosaico plato de sopas, nada que valga realmente la pena (cfr. AVP, I, p. 206).

San Josemaría cesó en su cargo el 18 de mayo de 1925, al día siguiente de la entrada en la archidiócesis de su nuevo titular, Rigoberto Doménech, sucesor del cardenal Soldevilla. Durante las siete semanas que estuvo en Perdiguera se produjeron una defunción y cuatro bautizos. Su estancia fue breve, pero dejó una honda huella. A día de hoy, ocupa un lugar destacado en la página web de su Ayuntamiento, como personaje célebre.

Bibliografía: AVP, I, p. 206; Salvador BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1976; John F. COVERDALE, *La fundación del Opus Dei*, Barcelona, Ariel, 2002.

Javier FERRER ORTIZ

PERÚ

1. Inicios y desarrollo de la labor apostólica.
2. En el Perú y desde el Perú.

El fundador del Opus Dei tuvo ocasión de oír hablar del Perú, siendo muy niño: aprendió a leer en un libro que relataba una historia que transcurría en Jauja, lugar del Perú en el que todo era fácil, grato y sin dificultades; según la leyenda, allí “los perros se ataban con longanizas”. Durante su estancia en Lima, en 1974, comentó al ingeniero Fernando Lira: “Yo me encuentro muy contento en el Perú, muy feliz de estar entre vosotros. Desde muy joven admiraba al Perú, pues cuando se quería decir que algo era muy bueno, yo oía: ¡vale un Perú! Y esto lo he comprobado al venir aquí” (*Catequesis en América*, II, 1974, p. 349: AGP, Biblioteca, P04). Años antes, en una carta suya escrita en Segovia, en 1948, contaba a sus hijos de Roma sus peripecias de un viaje a Coimbra que acababa de realizar: “Como aún no hemos podido comprar muebles, nos sentamos en el suelo –¡cómo tantas veces!: bendita pobreza– y charlamos y cantamos y reímos. Vuestros hermanos portugueses valen un Perú” (AVP, III, p. 116).

Conocía bien a los peruanos, y los ayudaba: “Los peruanos os llenáis de rubor para alabar a vuestro país, y no os atrevéis. Pero el Perú tiene cosas maravillosas. Vuestros antepasados han hecho mucho por la cultura. Debéis volver la vista hacia atrás, y observar las obras anteriores; luego, mirad adelante, y seguid ayudando al desarrollo de esa cultura”. Y añadía que el Perú es como un campo maravilloso que, cuando se toma un pedazo de tierra y se trabaja, pronto se convierte en un vergel espléndido. “Por eso cuando yo era niño y había algo muy bueno se decía: ¡esto vale un Perú!” (*Catequesis en América*, II, 1974, p. 350: AGP, Biblioteca, P04).

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.